

“COMO EL PADRE ME ENVIÓ A MÍ, ASÍ YO LOS ENVÍO A USTEDES”
(Jn. 20, 21)

Rollo para plenario de Salta. Padre Raúl Fleckenstein.

Eran muchísimos los temas para este plenario ya que se juntaban todos los temas desarrollados por la escuela como preparativos a los LBO, también teníamos el encuentro de asesores que abre otro abanico de posibilidades de diálogo sobre todas las facetas del cursillo ante las que los asesores deben tomar posición para saber cómo acompañar mejor al movimiento.

Así que buscamos un lema que pueda integrar todas las realidades planteadas y si bien toda palabra de Dios es iluminadora nos pareció adecuada la que elegimos como lema porque de la imitación de Cristo deriva nuestro sentir y obrar según nos enseña el mismo San Pablo “tengan los mismos sentimientos de Cristo Jesús” (Fil. 2, 5)

Como la palabra de Dios se ilumina especialmente con la misma palabra de Dios podemos comenzar con el texto en el que San Lucas relata el inicio de la vida pública de Jesús y su proyecto de misión para descubrir cómo el mismo Jesús entiende su misión:

“El Espíritu del Señor está sobre mí porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor” (Lc. 4, 18-19)

Vamos a ver la misión de Jesús en dos aspectos. Por un lado y primeramente según nos relata el texto de San Lucas, a quién está dirigida la misión; y por otro lado vamos a ver el modo en cómo Jesús cumple la misión ya que ambos aspectos nos interesan y nos cuestionan.

A) El Espíritu del Señor está sobre mí

San Cirilo de Alejandría en un comentario al evangelio de San Juan (libro 12, 1) comenta: “En efecto, si tenía la convicción de que había de enviar a sus discípulos como el Padre lo había enviado a Él ¿cómo no habría de ser necesario que quienes serían imitadores de ambos, supieran con qué

finalidad el Padre había enviado al Hijo? Por esto, exponiéndonos en diversas ocasiones las características de su propia misión, decía *no he venido a llamar a los justos, sino a pecadores* a que se arrepientan. Y también: *He bajado del cielo, no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado. Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por Él.*

Por eso, resumiendo en pocas palabras la regla de conducta de los apóstoles, afirma que los envía como el Padre lo ha enviado a él, para que sepan que su misión consiste en invitar a los pecadores a que se arrepientan y en curar a los enfermos de cuerpo y alma, y que en el ejercicio de su ministerio no deben buscar su voluntad sino la de aquel que los ha enviado, y que tienen que salvar al mundo con la doctrina que de él han recibido.” (Hasta aquí el texto de San Cirilo).

Si bien la misión se va perfilando en un sentido concreto de búsqueda del pecador, del que está lejos de Dios, se entiende también muy claramente que la actitud del enviado debe ser la de la escucha de la palabra de Dios para conocer la voluntad del Padre y no confundirla con la propia voluntad. Este mismo tema podría abrir otro muy amplio que es el de la oración y la palabra de Dios, pero que no vamos a tratar aquí, simplemente dejemos en claro la necesidad de conocer cuál es la voluntad de Padre, por qué caminos nos quiere llevar el Señor.

Siempre recuerdo con ideas como estas la homilía inicial del pontificado de Benedicto donde afirmaba que su principal plan de gobierno era estar atento a lo que Dios le diga.

Si Jesús nos envía como lo envió el Padre, parece evidente que para conocer nuestra misión debemos por sobre todas las cosas mirar a Jesús que es el que muestra al Padre según lo que en alguna oportunidad le contestó a Felipe “quien me ve a mí ha visto al Padre”.

En el texto de Isaías que se ha citado más arriba Jesús describe su proyecto y toda su vida va a girar en torno a esa palabra. El Espíritu lo unge y lo mueve para llevarla a cumplimiento, de tal manera que la misión se realiza cuando esa palabra se cumple. Así lo vemos en otro texto de San Mateo (Mt. 11, 2-6) que el evangelista incluye después de una larga

sección narrativa de milagros, precedida a la vez del extenso discurso del sermón de la montaña. En este episodio Juan el Bautista está sorprendido desde la cárcel sobre el actuar de Jesús, ya que él había presentado el Reino que venía como el hacha que está al pie del árbol y si no da fruto se corta; pero Jesús desconcierta: no sólo no corta el árbol sino que dice que no vino a quebrar la caña que se agita ni a apagar la vela que arde débilmente (Mt. 12, 17-21) porque no vino a condenar sino a salvar. El Bautista debe comprender con esta respuesta indirecta que el Reino se realiza allí donde se rescata al que necesita y no hay que escandalizarse porque no se imponga con la violencia o fuerza imparable sino que viene con la dulzura de la paciencia y la espera larga de la respuesta de la libertad.

Sería largo también analizar en este lugar el significado de tantos milagros de sanaciones y de expulsión de demonios que muestran cómo Jesús cumple su misión no sólo predicando sino también obrando. Aunque a nosotros nos falte la fe para obrar los milagros de Jesús, siguiendo su ejemplo siempre debemos estar a favor del que necesita materialmente pero sobre todo espiritualmente: Jesús sanaba al que había abierto su corazón en la fe.

B) Prepárame la cena

Hay un segundo aspecto de la misión que lo vamos a tomar del texto de San Lucas (Lc. 17, 7-10) donde Jesús pone el ejemplo del siervo que vuelve del campo y debe preparar la cena a su señor sin descansar porque esa es su tarea. (También se enriquece con Tt. 2, 1-5). Es la entrega total, hasta el extremo, como relata también San Pablo en la carta a los filipenses (Fil. 2, 6-8)

¿Cómo envió el Padre al Hijo? Con la misión de entregarse totalmente: este es el modo de la misión. Jesús realiza con la creación y especialmente con el hombre lo que se vive en la trinidad donde la entrega de amor es absoluta: el Padre ama al Hijo y se entrega a él totalmente, sin reservas y de la misma manera el Hijo glorifica al Padre. Esa forma de amor la realiza Jesús en la entrega sin reservas y hasta desaparecer amando, cuya figura

extrema será la cruz, donde se expresa el amor incondicional en el mayor rechazo del hombre expresado en los que lo crucifican.

Pablo, el apóstol de los gentiles dice: “completo en mi carne lo que resta a los padecimientos de Cristo” (Col. 1, 24). Esto no quiere decir de ninguna manera que no fueran suficientes los sufrimientos de Cristo para nuestra salvación sino que Él nos capacita para cooperar en esa salvación regalada, dignificando al hombre y haciéndolo partícipe responsable de su felicidad y no un mero receptor pasivo que no lo dignificaría en nada.

Por eso la misión de Jesús se realiza a través de aquellos que ya han sido alcanzados por la salvación hacia el mundo en su totalidad. Y como la misión del Hijo ha sido la del abajamiento más extremo, la misión del creyente no puede ser otra: debe colocarse en el último puesto, a lavar los pies.

No olvidemos en esto que siempre hay también una misión hacia el interior de uno mismo porque aunque ya hayamos sido redimidos inicialmente, hay dentro nuestro enormes “zonas no redimidas” que deben ser todavía misionadas en el proceso de la vida.

2 Cor. 5, 14 *“la caridad de Cristo nos apremia al considerar que ...uno murió por todos...para que los que viven no vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por ellos”*. Cuando Pablo dice que uno murió por todos no extrae como consecuencia que no sea necesario morir, sino que “todos murieron”. Esto quiere decir que el cristiano está incorporado a Cristo y a todo lo que eso significa: se sigue el camino de Cristo en la entrega de amor. Dejemos por ahora de lado una obviedad que es el don del Espíritu Santo que posibilita el seguimiento de Cristo de manera siempre nueva y creativa, pero eso nos llevaría a otro tema demasiado extenso. Aunque esto nos muestra cómo el obrar de la Iglesia es siempre trinitario, porque el Padre envía, el Hijo es el modelo a seguir pero el Espíritu es el que hace que no sea imposible o que el seguimiento no sea una caricatura de imitación sino una auténtica vida entregada.

Un teólogo León Bloy dice que en el cuerpo místico de Cristo sus miembros son como “vasos (sanguíneos) comunicantes” que en su comunicación garantizan la unidad del cuerpo y reflejan al Dios trino. Es

decir que cada acción del cristiano, por insignificante que sea tiene significación para todos los demás. Se extiende hacia lo infinito, lo bueno y lo malo. La oración de un monje solitario está bendiciendo a muchas personas; como así también el pecado impuro hecho a escondidas afecta al hermano sediento de Dios que necesita que el otro sea puro. El mismo teólogo dice “en la medida en que el Espíritu Santo nos declara miembros de Jesucristo, nos ha investido de la dignidad de redentores...”

Haberse encontrado con Cristo es haber cambiado la vida, es haberse sumergido en el mar para no salir más de allí, viviendo distinto de cómo vivía antes, en el mundo. La vida del cristiano es una carrera que se ha empezado y es necesario llegar a la meta. Nunca puede ser algo de paso. No podemos como en la parábola decir que ya hicimos suficiente y ahora me siento a cenar: vamos a comer y beber sí, pero después, en el Reino definitivo.

De nada nos servirá ufanarnos de glorias pasadas recordando todo lo que hicimos sino estamos haciendo obras mayores, en mayor entrega, en mayor amor.

Al cura de Ars se le atribuye la siguiente frase “celebra cada misa como si fuera la primer misa, celebra cada misa como si fuera la única misa, celebra cada misa como si fuera la última misa.”

Podríamos apropiarnos la frase para vivir cada día intensamente como si fuera el primero, el único y el último.